XXXII Domingo del Tiempo Ordinario C

¿Y cómo será el cielo?

"Unos saduceos, que niegan la resurrección, preguntaron a Jesús: Maestro, una mujer estuvo casada sucesivamente con siete maridos. Cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será mujer? San Lucas, cap.20.

Los saduceos aparecen en la historia judía durante el siglo II a.C. Conformaban un grupo religioso y político a la vez, que admitía la autoridad del Pentateuco y de la Torá, pero rechazaban otros libros y ciertas tradiciones religiosas como la providencia de Dios y la inmortalidad del alma. Sin embargo, algunos críticos afirman que Flavio Josefo, el historiador judío, exageró demasiado la impiedad de este grupo.

Un día, unos de ellos le presentan al Señor un curioso caso: Una mujer se ha casado sucesivamente con siete maridos. Así lo ordenaba el Deuteronomio a la viuda sin hijos, para perpetuar la descendencia masculina y preservar el patrimonio familiar. Una ley no exclusiva de los hebreos, pues la observaban también pueblos vecinos. Y añaden una pregunta: ¿Cuándo llegue la resurrección, aquella mujer de quién será esposa? Así buscaban poner en ridículo al Maestro.

Jesús responde que las formas de amor que aquí gozamos no continuarán en el cielo. Los usos del desierto no tendrán ya razón en la tierra prometida. Y refuerza su palabra con una frase del Exodo: "Dijo Yahvé a Moisés: Yo soy Yahvé, el Dios de Abraham, de Isaac, y de Jacob. No soy un Dios de muertos sino de vivos".

Comprendemos así que ese Dios que crea y comunica vida, responde por nosotros para que esa vida no se extinga, a pesar de todos los proyectos de muerte que inventamos a diario.

Jesús reafirmó nuestra esperanza en la vida eterna, pero no se detuvo a explicarnos su forma y su manera. Por eso acostumbramos dibujar cielos con retazos de nuestro paisaje. Un ejercicio bastante ingenuo y en verdad ambiguo.

Un grupo de esquimales preguntó una vez al misionero: "¿Y en el cielo habrá focas?" Grande fue su desilusión cuando se les respondió negativamente.

Vale sin embargo resaltar dos verdades: El Señor promete una vida futura, fabricada por un Padre bueno y todopoderoso. Podemos entonces echar a volar la fantasía, como hacen los niños ante la generosidad y el poderío de sus padres.

De otro lado, el cielo se nos promete y regala, no porque seamos dechado de virtudes, - aunque todas ellas son hijas de la caridad - sino "porque tuve hambre y me disteis de comer. Tuve sed y me disteis de beber"... Al final de la historia, escribe san Mateo, descubriremos que ese necesitado era el Señor.

La reflexión cristiana, por fortuna, hoy nos presenta el cielo, no como una deserción de nuestro compromiso temporal, sino como su cosecha de pasado mañana. No como una felicidad individual, sino como un paraíso que viviremos en comunidad. "Jesucristo nos ha regalado un consuelo permanente y una gran esperanza", escribía san Pablo a los fieles de Tesalónica. Sin embargo, este es un tema que no entusiasma a muchos.

Cuenta Bertrand Russell que a una madre que acababa de perder a su hija, alguien le preguntó si creía en el cielo. “Creo -respondió- que mi hija está allá, pero agradecería que usted no me tratase temas desagradables”.

¿Seremos nosotros parientes cercanos de esta dama?

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y